

Kosovo: un olvido irresponsable

ESTA región de Europa nos vuelve a poner ante el difícil problema de los Balcanes, un territorio donde conviven sin mezclarse ni entenderse etnias, culturas y religiones tan diversas. Una vez más los sucesos de principios de marzo, nos hacen recordar la insuficiencia de las medidas tomadas en la región desde 1919 hasta los acuerdos de Dayton de 1996. Los grandes árbitros de las relaciones internacionales siguen sin dar solución al complejo rompecabezas balcánico: unas veces por falta de decisión (Unión Europea), otras por ineficacia (Rusia), otras por los diferentes intereses que se mueven para resolver o no la situación (Estados Unidos).

Mientras tanto, el olvidado pueblo albanés de Kosovo sigue sometido a la dictadura serbia, sin posibilidad alguna de ser reconocido en sus derechos como pueblo.

Quizás no sea tarde todavía desde los foros internacionales para rectificar y tratar de armonizar los intereses kosovares con los serbios y establecer un marco seguro de relaciones. En este sentido, lo más urgente consiste en asentar una forma nueva de convivencia en paz que articule desde la elemental defensa de los derechos humanos hasta la salvaguarda de la propia identidad, sea de la naturaleza que sea. Convendría recuperar la memoria para reconocer que la falta de

diálogo tiende, por desgracia, a heredarse, pero que, a pesar de todo, podemos encontrar vías de solución que superen la mera resignación y busquen nuevas vías de encuentro.

De la autonomía a la crisis

LA historia de esta zona se halla asociada a diferentes invasiones de sus vecinos: serbios, turcos, austro-húngaros, yugoslavos y serbios. Más recientemente, cuando todavía existía la gran Yugoslavia de Tito, se le concedió el rango de **autonomía** (1974) dependiente de la República Serbia de la que ya antes formaba parte pero sin ningún reconocimiento especial. Con esta maniobra, Tito, de origen croata, daba una buena solución para la mayoría albanesa en contra de los intereses serbios. A su vez, atraía a la población de la vecina Albania con la idea de que se sumara en algún momento a la federación de repúblicas yugoslavas. Sin embargo, como consecuencia de la caída de los regímenes comunistas, la idea de Yugoslavia pereció. Cuando S. Milosevic se hizo cargo de la república Serbia y de Yugoslavia, trató de resucitar su dormido nacionalismo expansionista. Los incidentes con los mineros de Kosovo en 1988 movilizaron a la mayoría de la población kosovar, y la respuesta de Belgrado no fue otra que la violencia y el despido masivo de los mineros albaneses. Posteriormente, **Milosevic acabó con su autonomía** en junio de 1989. En 1990 continuó la presión sobre los albaneses, desmantelando radicalmente las pocas instituciones políticas y administrativas que les quedaban. Incluso se expulsó a los albaneses de todo el sistema educativo. A raíz de estos incidentes, Eslovenia exigió la concesión de la autonomía kosovar, que, al no ser concedida, desencadenó la secesión eslovena de la Federación. Posteriormente, con una Yugoslavia renqueante, se fueron desmembrando Croacia y Bosnia-Herzegovina,

no sin antes pasar por el difícil calvario de la guerra y de la limpieza étnica.

Mientras tanto, **la vida en Kosovo** se mantuvo controlada por la minoría serbia (10% de la población), con una presencia permanente de 40.000 policías y militares a las órdenes de Belgrado. Sin embargo, los albaneses iniciaron una estrategia de desobediencia civil en torno a la Liga Democrática de Kosovo y su líder Ibrahim Rugova. Se organizaron al margen de la autoridad serbia, convocando elecciones (1991), recabando impuestos y estructurando una red sanitaria y educativa albanesa, al ser pretendidamente excluida por los serbios. Llama la atención la fuerte organización social que han generado en todos estos años de olvido. Gracias a ello, han podido sobrevivir con una tasa de paro del 80% y un 25% de la población en situación de extrema pobreza. En definitiva, ha aparecido un estado autónomo sin reconocimiento internacional pero con gran apoyo social, que ha buscado una vía democrática pacífica y no violenta, en profundo contraste con cualquier otro grupo político de la antigua Yugoslavia.

Tras los acuerdos de **Dayton** (1996), parecía que los Balcanes empezaban a recuperar la calma. Sin embargo, la región olvidada de este concierto internacional ha sido Kosovo. Implícitamente se ha dejado en manos de Serbia. Después de los enormes costos que ha supuesto la situación

Bosnia no se quiere encender un cuarto conflicto consecutivo en la zona, que llevaría a la inestabilidad a las zonas limítrofes con población albanesa: Montenegro (6'5% de albaneses), Macedonia (25%) y la frágil Albania. Incluso en la cumbre balcánica de Creta (noviembre 1997), el presidente de Albania, F. Nano, renunció a inmiscuirse entre el gobierno serbio y los albaneses de Kosovo. En conclusión, nos encontramos con un pueblo mayoritariamente musulmán por el que no se muestra ningún interés, como antes se había mostrado en las otras repúblicas yugoslavas. Como los kurdos, los albaneses se encuentran divididos en varios estados y sin

casi posibilidades de asegurarse un porvenir, sea dentro de la estructura política que sea.

*El **abandono** internacional ha conducido a una radicalización de las posturas de los albaneses, que se resisten a la política de Milosevic. Un grupo de la Liga Democrática de Kosovo se ha desgajado y ha creado su propio "Ejército de Liberación" (U.C.K.) que ha empezado a llevar a cabo acciones en la zona de Drenika. La respuesta de Belgrado ha sido contundente, llegando a un centenar el número de víctimas y unos 30.000 desplazados. Con todo, las elecciones clandestinas del 22 de marzo han supuesto la victoria de las tesis pacifistas de Rugova y la demostración ante Serbia y la comunidad internacional que cabe una vía de diálogo frente a las tesis más radicales del nacionalismo serbio o albanés.*

En compás de espera

***LA comunidad internacional** sigue dividida, aunque con una mayor voluntad de diálogo que en 1990. El aliado principal de Serbia sigue siendo Rusia. Su papel sigue determinando cualquier posicionamiento serbio en la zona, aunque limitado por la inestabilidad política y económica rusa. Estados Unidos presenta un doble perfil. Por un lado, sus declaraciones han llegado a amenazar con el ataque, fiel a su política de gendarme mundial heredera de la más rancia tradición republicana. Por otro, mantiene abiertas las vías de negociación de forma directa en la zona, tanto con Rugova como con Milosevic. Estados Unidos sabe que en Kosovo la política ha de ser más cauta para tratar de ganar puntos frente al despiste internacional de la Unión Europea. La U.E. sigue con enormes problemas de movilidad ante situaciones de este género al tener que compaginar la posición pro-serbia de Francia con una matizada hostilidad de Alemania, o la mayor precaución de Italia y Grecia.*

A todos les une la intención de no volver a cometer el error de reconocer una independencia, como la de Bosnia, sin haber antes agotado todas las vías de diálogo, aunque sea con el difícil ex-comunista Milosevic y con su nuevo socio de extrema derecha en el gobierno, V. Selsej.

Todavía hoy la presencia de tropas occidentales en la zona y su evidente vulnerabilidad y costo económico hace inviable la apertura de un nuevo frente que aumentaría la tensión y podría reabrir el problema bosnio. Con todo, el panorama presenta unas negociaciones que serán lentas. Ya el primer plazo puesto a Milosevic se tuvo que prorrogar hasta finales del mes de abril sin que tomara ninguna de las medidas propuestas como la retirada de las fuerzas serbias, la apertura a la ayuda humanitaria y la apertura de diálogo sin condiciones. Por contra, ha aceptado la mediación de Felipe González en el conflicto, propuesta por la O.S.C.E. y la U.E.

*Las **soluciones** que se encuentren al conflicto pasan por evitar cualquiera de los dos extremos. Ni se va a admitir mantener la situación actual de represión del pueblo albanés, avalada por las tesis más radicales de Serbia. Ni se va a apoyar una secesión de Kosovo, por introducir un mayor desequilibrio en la zona con incalculables repercusiones sobre las zonas limítrofes, que la comunidad internacional no está dispuesta a asumir de nuevo. Las tesis más realistas pueden llevar o bien a la concesión de la autonomía o bien a la formación de la nueva república de Kosovo, integrada en la Federación Yugoslava. Para Serbia, sería más fácil la opción autonomista, ya que mantiene su integridad territorial.*

También la comunidad internacional apoyaría esta solución al no perjudicar los intereses albaneses ni de sus vecinos. La opción por una república federada agudizaría el nacionalismo serbio, más todavía si se impone desde el exterior. La Liga Democrática de Kosovo, aunque tienda en último término a la opción republicana, no rechazaría una solución autonomista ya que su nacionalismo es moderado y hondamente pacifista, legitimado por la elecciones de marzo que rechazaron de

plano la estrategia del U.C.K. En cualquier caso, Kosovo ha dejado de ser un problema exclusivamente serbio y necesita de un concierto internacional para encontrar una salida.

Hacia una mayor responsabilidad

LAS relaciones internacionales siguen bajo la hegemonía de Estados Unidos. Si queremos entrar en el siglo XXI con un mayor entendimiento, se han de poner nuevas bases organizadas en torno a la O.N.U., desde una nueva estructura más operativa y amplia que supere las lacras de la II Guerra Mundial. Concretamente en Kosovo parece que no va a intervenir esta organización ya que se deja en manos de las grandes potencias. ¿No sería distinto poder contar con un grupo de expertos en derecho internacional que valoraran la situación y que incluso dirigieran las negociaciones, por encima de los intereses políticos o hegemónicos? ¿No podemos aprender del fracaso diplomático en Bosnia? Estas preguntas nos llevarían a un nuevo concepto de la relaciones internacionales más cercano a los planteamientos de la O.N.U. y de su actual secretario Kofi Annan que a los de los países poderosos.

En otro sentido, hay que valorar **los pasos democráticos** que se han ido dando en la zona. Sin embargo, no basta con convocar elecciones, hace falta una mayor profundización en el estado de derecho. Si los derechos fundamentales se siguen vulnerando y los gobiernos elegidos en las urnas no tienen limitación institucional alguna, no parece que se puede hallar una solución. A Serbia no se le pide que reniegue de su nacionalismo, se le pide que se atenga a un marco de respeto a los derechos humanos. En este punto, queda mucho por hacer en toda la región de los Balcanes porque lo que emerge es más la autodefensa y la venganza y no la convivencia en paz auspiciada por el

derecho. Ahí, el líder kosovar Ibrahim Rugova parece haber encontrado un camino que debería ser respaldado por la opinión internacional e imitado por otros nacionalismos del mundo. Los nacionalismos radicales de finales de este milenio cada vez más reclaman sus derechos con vehemencia, pero no sabemos hasta qué punto son capaces de convivir desde el respeto y la paz.

Por último, una vez más la **opinión pública internacional** sigue en un estado de inmadurez alarmante. Si ha habido olvido en los gobiernos, no cabe duda que responde a un desinterés por todo lo que ocurre, en nuestro caso, más allá de la Unión Europea y su nueva moneda. Sin embargo, todavía cabe alguna esperanza. El grupo católico italiano, la comunidad de San Egidio, se ha prestado, como en otras ocasiones, a propiciar vías de diálogo y de comunicación en Kosovo.

Una vez, más, nos encontramos que caben soluciones imaginativas y no la mera aceptación de las fórmulas de Washington. Ojalá que este tipo de alternativas continúen madurando dentro de la opinión internacional.